

# Edith Stein y el aniversario del Holocausto

Edith Stein, junto al Beato Rupert Mayer y a San Maximiliano Kolbe, forma parte del grupo de santos que dieron testimonio del amor de Dios en medio de la barbarie del régimen nazi. El 27 de enero de 2018 se cumplen 73 años de la liberación de las víctimas del campo de exterminio de Auschwitz. Esa fecha se eligió como el Día internacional para conmemorar a las víctimas del Holocausto, entre ellas Edith Stein, un referente de luz en medio de la oscuridad.

## 1. El camino hacia la conversión

Nació en 1891 en Breslau (actual Polonia) en el seno de una familia judía. Fue educada en el judaísmo, hasta que abandonó la práctica religiosa cuando tenía alrededor de quince años. En 1911 comienza a estudiar germanística e historia en la Universidad de Breslau, aunque su verdadero interés era la filosofía. Por ello, en 1913 marcha a la Universidad de Gotinga, donde asiste a las clases del fenomenólogo Edmund Husserl, bajo cuya dirección obtendrá el doctorado más adelante con una tesis titulada *Sobre el problema de la empatía*. Gracias al estudio de la fenomenología y su posterior encuentro con Max Scheler, Edith Stein descubre la fe católica, a la que se convertirá en 1922. No obstante, nunca renegará de sus orígenes judíos. En este camino de conversión, destacan tres momentos clave. El primero, su servicio en un hospital militar austríaco atendiendo a los heridos de guerra, que le permitió entender el sufrimiento. El segundo, está relacionado con una anécdota que vivió en la catedral de Frankfurt: vio cómo una señora entraba en

la catedral con la cesta de la compra para rezar. Este hecho, aparentemente insignificante, tuvo un enorme impacto, puesto que ella estaba acostumbrada a asistir únicamente a servicios religiosos, judíos o protestantes, y no a entrar en intimidad con Dios. Y el tercer momento clave para Edith, fue la lectura de la vida de Santa Teresa de Ávila, que tuvo un fuerte impacto en ella. Tras pasar una noche leyendo su biografía, al cerrar el libro, dijo: "Esta es la verdad".

Entre 1923 y 1931 dio clases en el Instituto de las dominicas de Santa Magdalena de Speyer, y vivió como una de ellas. En 1932 obtuvo una cátedra en el Instituto de Pedagogía científica de Münster, donde empezará a desarrollar su pensamiento propio en temas de antropología, filosofía y formación de la mujer. Su actividad docente se vio interrumpida por el inicio de la persecución nazi a los judíos en 1933, hecho que la impulsó definitivamente a llevar a cabo lo que hacía tiempo anhelaba: consagrarse a Dios. Para ello, ese mismo año se presentó en el Monasterio de Carmelitas de Colonia, tomando el hábito en abril de 1934 y recibiendo el nombre de Teresa Benedicta de la Cruz.

En 1938 se evidenció ante el mundo el odio de los nazis a los judíos. Ante esta situación, sus superiores, temiendo por su seguridad, decidieron su traslado al monasterio carmelita de Echt, en Holanda. Esto no impidió que fuera arrestada por la policía alemana en 1942, y llevada al campo de concentración de Westerbork, para ser conducida posteriormente al de Auschwitz, donde murió en una cámara de gas. Las últimas palabras que conocemos de Edith las dirigió a su hermana Rosa en Echt, al ser detenidas: "Ven, vayamos, por nuestro pueblo".

## 2. Mística y Filosofía

Edith Stein ha tenido una enorme influencia en la Iglesia, llegando a ser proclamada copatrona de Europa por el Papa Juan Pablo II. No obstante, su pensamiento traspasó las fronteras de la Iglesia. Ha sido reconocida en España como una de las fuentes de referencia en los escritos de espiritualidad teresiana y de mística sanjuanista.

Fue una escritora prolífica, que abordó temas eminentemente espirituales sobre la teología de la cruz, plasmándose en obras como su estudio sobre San Juan de la Cruz, *La ciencia de la cruz* o *Ser finito y ser eterno*. Recibió una gran influencia de la figura de San Ignacio, cuyos *Ejercicios espirituales* orientaron su camino de fe.

Las obras escritas por Stein contienen, además de sus estudios dedicados a la espiritualidad y a la mística, escritos autobiográficos, filosóficos, pedagógicos y antropológicos. Destaca su estudio fenomenológico del concepto de “empatía”, su aproximación a la noción de “persona” y sus análisis sobre la relación entre el individuo y la comunidad. También escribió sobre el papel de la mujer y la necesidad de una buena formación.

Edith Stein creía que la tarea del intelectual es despertar en otros la capacidad de discernir y de comprometerse con la realidad que les rodea. La empatía nos permite reconocer el compromiso que so nos abre ante el sufrimiento propio y el ajeno. Gracias a la empatía podemos ir más allá del mero encuentro y tomar conciencia de la realidad que vive el otro, tanto de su alegría como de su dolor. La empatía es el camino que nos permite reconocer el dolor del otro y la posibilidad de aliviarlo. Es la mirada que nos señala nuestra responsabilidad en la construcción de un mundo más humano. En esta tarea se reconoció Stein y desde esta conciencia del dolor de quienes le rodeaban expresó su indignación ante las acciones del Estado y la indiferencia del pueblo alemán. Quiso de este modo combatir el mal que se cernía sobre Europa en unos momentos clave de la historia. Tomaremos como ejemplo una carta que escribió al papa Pío XI (12 de abril de 1933), cuyo contenido puede ser el punto de partida para una reflexión actual:

“¡Santo Padre! Como hija del pueblo judío que —por la gracia de Dios— durante los últimos once años también ha sido hija de la Iglesia Católica me atrevo a hablarle al Padre de la Cristianidad sobre lo que oprime a millones de alemanes. Desde hace semanas vemos que suceden en Alemania hechos que constituyen una burla a todo sentido de justicia y humanidad, por no hablar del amor al prójimo. Durante años, los líderes del nacionalsocialismo han estado predicando el odio a los judíos. Ahora que

tomaron el poder gubernamental en sus manos y armaron a sus partidarios —entre los cuales hay elementos probadamente criminales—, esta semilla de odio ha germinado. Solo hace poco tiempo el gobierno admitió que se habían producido algunos incidentes.

No podemos conocer exactamente su alcance porque la opinión pública está amordazada. Sin embargo, y a juzgar por lo que he sabido a través de contactos personales, no se trata de manera alguna de unos pocos casos excepcionales. Bajo la presión de reacciones del exterior, el gobierno adoptó métodos “más benignos”. Ha difundido la consigna: “No tocar ni un pelo a los judíos”. Pero sus medidas de boicot —que despojan a la gente de su sustento económico, su honor civil y su patria— arrojan a muchos a la desesperación: en la última semana he sabido —por informes privados— de cinco casos de suicidio como consecuencia de ese hostigamiento. Estoy convencida de que éste es un fenómeno general que todavía producirá muchas más víctimas. Podemos deplorar que esos desdichados no hayan tenido una mayor fuerza interior para sobrellevar su infortunio, pero gran parte de la responsabilidad recae sobre aquellos que los llevaron a ese punto. Y también recae sobre aquellos que permanecen en silencio frente a esos hechos.

Todo lo que ocurrió y sigue ocurriendo día tras día es producido por un gobierno que se autodenomina “cristiano”. Desde hace semanas, no solo los judíos, sino también miles de fieles católicos de Alemania y —creo— de todo el mundo, esperan y confían en que la Iglesia de Cristo alce su voz para poner fin a este abuso del nombre de Cristo. ¿No es esta idolatría de la raza y la autoridad del Estado que se impone diariamente a la conciencia pública a través de la radio una verdadera herejía? ¿No es este intento de aniquilar la sangre judía una afrenta a la sagrada humanidad de nuestro Salvador, a la santísima Virgen y a los apóstoles? ¿No se opone diametralmente todo esto a la conducta de nuestro Señor y Salvador, quien incluso en la cruz oró por sus perseguidores? ¿Y no es una mancha negra en la crónica de este Año Santo, que se suponía debía ser un año de paz y reconciliación?

Todos nosotros, que somos fieles hijos de la Iglesia y observamos las condiciones imperantes en Alemania con los ojos abiertos, tememos lo peor para el prestigio de la Iglesia si el silencio se prolonga por más tiempo. Estamos convencidos de que, a la larga, este silencio no logrará comprar la paz con el actual gobierno alemán. Por ahora, la lucha contra el catolicismo se hará en forma silenciosa y menos brutal que contra los judíos, pero no menos sistemática. No pasará mucho tiempo hasta que ningún católico pueda ocupar un cargo en Alemania, a menos que se ponga incondicionalmente al servicio del nuevo rumbo de los acontecimientos. A los pies de Su Santidad, rogando su bendición apostólica”.

En esta carta —que no obtuvo respuesta— destacamos tres elementos. El primero, la intuición de que la opinión pública está amordazada, hecho que dificulta el conocimiento real de las situaciones. Hoy en día, con el avance de las redes sociales, vemos cómo se va imponiendo una línea de pensamiento en la que cualquier divergencia es considerada como radical, tanto de un lado como de otro. El segundo, la responsabilidad de aquellos que permanecen en silencio ante las injusticias. ¿No será esta una dinámica normal de reacción ante cualquier tipo de injusticia, que lleva a tomar una actitud de silencio a aquellos que piensan que “no es para tanto” o que “no va con ellos”? Además, este silencio, aunque parezca estratégico, no siempre conduce a la pacificación de los conflictos; de hecho, en el caso nazi, empeoró. El tercero, la responsabilidad de las religiones para con otras religiones. Edith Stein vio con claridad que la Iglesia Católica no podía ignorar el derramamiento de sangre de los judíos, visto como una afrenta al mismo Jesucristo.

### 3. Conclusión

Sería ingenuo pensar que el mal no se repite a lo largo de la historia. Las actitudes que vemos en Edith Stein son trasladables a la actualidad: la crisis de los refugiados, la pobreza, las guerras, etcétera. Es cierto que ella denunció la situación, pero dio un paso más: entregó su vida a través del martirio. Este es uno de los gran-

des misterios de la vida cristiana, que lleva a algunas personas que desean imitar a Cristo en la cruz, a entregar su vida por amor a Dios y a su pueblo.

Stein entiende que todos estamos llamados a denunciar las injusticias y a combatir el fanatismo, sea cual sea su orientación. En su carta vemos que para ella los principios del Estado deben ser la justicia y el amor al prójimo. Se muestra indignada ante políticas que están convirtiendo el Estado en una tiranía, en la que la justicia resulta imposible y el amor al prójimo ha sido sustituido por el odio al diferente. Stein apela a la responsabilidad de todos, no solo la de los fanáticos, sino también la de los que callan, convirtiéndose en cómplices de la barbarie. Hannah Arendt nos recuerda en su libro *Eichmann en Jerusalén* que el régimen nazi consiguió quitar al mal una de las características que lo identifican: Presentarse como una tentación. Por ello se banalizaron sus consecuencias.

Hoy en día las víctimas tienen otros rostros, las políticas utilizan otras estrategias, los medios de comunicación se han transformado con las nuevas tecnologías... pero el fanatismo y la indiferencia parecen beber de las mismas fuentes. La llamada a la responsabilidad individual, a la conciencia colectiva, al diálogo y al amor al prójimo, están presentes en la vida y la obra de Stein y pueden ser también la base para crear comunidades y sociedades capaces de compartir la misma historia, aunque no compartan el mismo suelo (como ocurre con las comunidades de las distintas religiones); o para crear y sostener comunidades en las que se comparte la misma tierra, sin compartir la misma historia (como ocurre en las sociedades plurales actuales).

Sin el *humus* de la empatía, la justicia y el amor, las democracias no serán sostenibles y no estaremos a salvo de la barbarie. En el aniversario de una época oscura y en el presente de un mundo en el que tenemos muchas razones para avergonzarnos de ser parte de la especie humana, pensamientos y ejemplos de vida como los de Edith Stein o Etty Hillesum (que quiso ser el "corazón pensante del barracón" en Auschwitz, donde también murió), ayudan a recuperar la confianza en el "a pesar de" que representa siempre el corazón humano en medio de la catástrofe. ■